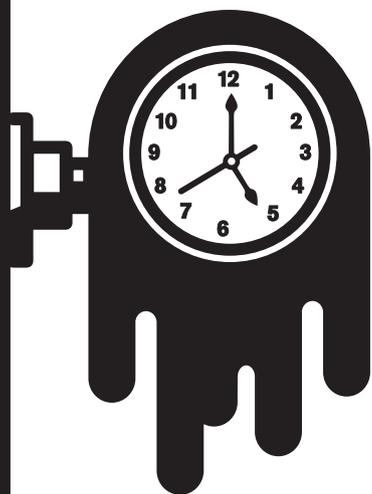


LA VIRTUOSA FLEMA.....





... DEL HOMBRE DEMORADO

POR **BASILIO BALTASAR**



En los antiguos tratados, ya caídos en desuso, se aludía a la vida de los hombres, al pasar de los años, el curso del tiempo, el flujo de la misma memoria, el viaje súbitamente emprendido al nacer y encaminado a través de lánguidos meandros hacia el oscuro nicho de la sepultura. Si la metáfora fuera todavía elocuente, se entendería mejor la nostalgia que inspira el viejo y renqueante vagón del ferrocarril. El traqueteo, la somnolencia, la contemplación del paisaje, la tardanza, la ondulación del tiempo que se conjura con la demora y la delicada predisposición a llegar tarde y a deshora. ¡Qué fortuna la del hombre retardado! Dilatando el camino, postergando la hora, posponiendo el momento de llegar al dudoso destino.

Resulta tan extraña la obsesión por la velocidad. ¡Como si la urgencia nos llevara a un lugar deseable! Cuando lo único que a ciencia cierta se sabe es que con rapidez se llega antes al osario de la fosa común. ¿Cómo se ha tramado la fingida alianza con el tiempo? ¡Crear que se le puede someter! Se dice a menudo: hay que ganar tiempo. ¡Si nadie lo puede atrapar! Él nos envuelve, atraviesa y ensarta. La vieja maestría consistió en apartarlo y espantarlo: *ivade retro!* El gran arte de los hombres antiguos. Acompasar los pasos del cuerpo al pulso vital del organismo. La insólita armonía natural auspiciaba una altiva soberanía: la lentitud. ¡La verdadera majestad! ¡El tempo lento!

Una multitud enloquecida por la falta de tiempo, computada por los minutereros del reloj digital, se desplaza a gran velocidad, se apresura, acelera y, finalmente, se precipita. Masas de seres acuciados se lanzan, se arrojan, se tiran de cabeza al agujero del tiempo. Engullidos por la falsa ilusión de la puntualidad. Y nunca se preguntan: ¿a dónde vamos a parar?

A principios del siglo XIX se pensó que el ferrocarril era una aberración industrial, un sacrílego desafío al orden del tiempo natural. ¡Si nos vieran ahora! ¡Encajonados en los trenes de *alta velocidad!* Movilizados por la ingeniería, reclutados por la innovación, acelerados por la obsesión. Pero añorando en secreto aquellas locomotoras, con el carbón ardiente en sus calderas, el silbido en sus válvulas de vapor, zarandeando al pasajero, tan orgulloso de su virtuosa flema de hombre demorado.

Se oye decir que las invenciones de la técnica consuman los saltos evolutivos de la civilización. Pero este ir a toda prisa, sin cesar, ignorando el desenlace de la velocidad, embutidos en la máquina que ha tergiversado y atrofiado la dimensión del tiempo, no es una de ellas. Más bien ha sido una demoníaca precipitación la que nos ha llevado a padecer la apremiante y condenada falta de tiempo. La maldición del hombre contemporáneo y la fatalidad de nuestra época: cuanto más veloz sea el desplazamiento, más escaso será el tiempo de vida disponible.

¡Ah, maligno ingenio! ¡Diabólica paradoja!

¿Y cómo podrá leerse la novela del mundo? Si uno ha sido despojado de ese otro tiempo alegremente muerto, felizmente inútil, mudo y retenido, silencioso y suspendido. ¿Cómo entrar en el tempo narrativo de la escritura, en el laberinto de la imaginación, en el mundo del lenguaje sin medida temporal? ¿Acaso no ha sido siempre la lectura de la novela un abstraerse de toda coacción? Abandonar la hostigada premura y penetrar lenta y pausadamente en el relato original.

¡A la basura los manuales de lectura rápida!

Subíos al tren más tardo y pausado que encontréis y sumíos en la indolente y ensimismada resistencia, en la parsimonia vital, en la displicente arrogancia del hombre demorado. Ajeno al requerimiento de la puntualidad, a la alarmada obcecación que moviliza a una multitud urgida por la enardecida ilusión de llegar a tiempo. La frenética aceleración del ir y volver a toda velocidad, perfeccionada mecánicamente por las primicias que comprimen y reducen el tiempo de vida... ¡Al demonio la alta velocidad!

Sacad de vuestra biblioteca los libros *entrenados*¹ y revivid el salvífico hábito de la lentitud. Instalaos en el escenario de la imaginación novelesca —el mundo sin tiempo— y subid a un vagón renqueante y rezagado. Asumid como estilo vital la noción del *tempo lento*. Sin su astuta sabiduría, sin su artesanal inteligencia, pereceremos atenazados por un poderoso remordimiento: haber desperdiciado el único tiempo de vida que nos fue prestado. ●

1 Jorge Semprún, *El largo viaje*; Patricia Highsmith, *Extraños en un tren*; Bohumil Hrabal, *Trenes rigurosamente vigilados*; Paul Theroux, *Tren fantasma a la Estrella de Oriente*; Christopher Isherwood, *El señor Norris cambia de tren*; Mauricio Wiesenthal, *Orient-Express: El tren de Europa*.

BASILIO BALTASAR

EN KRK EDICIONES

KRK



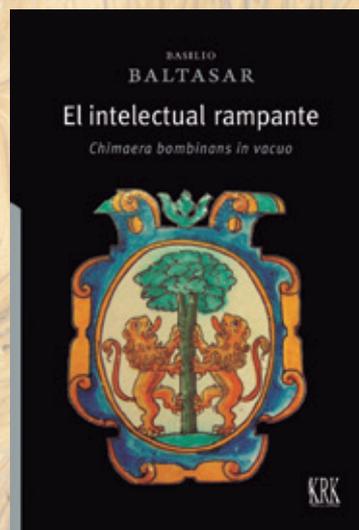
Seleccionada por *La Vanguardia* como una de las cinco mejores novelas de 2023.

«Un libro novísimo, de ácida belleza literaria, con la sonrisa del humor encolerizado».

Luis María Anson, miembro de la Real Academia Española. *El Cultural*

«Hay que señalar la absoluta originalidad y audacia de una escritura que felizmente no pertenece a ninguna generación».

J. A. Masoliver Ródenas. *La Vanguardia*

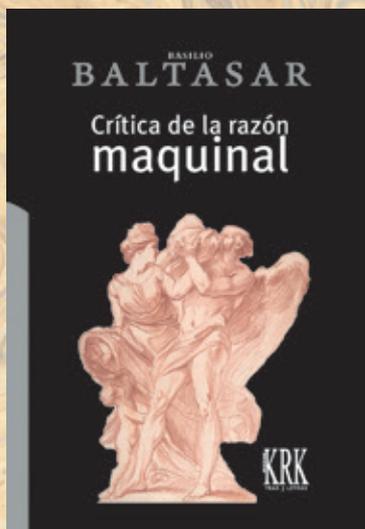


«Pasajes, autores y personajes para no caer en la traición de los clérigos. Frente a la “epidemia emocional de la credulidad”, la saludable subversión del humanismo».

Sergi Doria, *ABC*

«Un libro elegante en la forma, sabio en el contenido, comprometido en los objetivos, firme en las convicciones: toda una lección relacionada con lo que, en las observaciones del cosmos, se denomina paralaje, la capacidad de percibir una cosa en varios planos, los superficiales y los profundos».

José Enrique Ruiz Domènec. *La Vanguardia*



El pensador ambulante de la filosofía agonista se ejercita en un pensar al margen del tiempo. Hablamos de la más radical emancipación que ha concebido el espíritu humano. El gesto de una inteligencia que se ha puesto a salvo del imán temporal.



PRÓXIMAMENTE

«Hacía mucho tiempo que no leía un libro tan admirable. Lejos de no poderlo dejar, me afano para que no me deje. Imposible conseguir una prosa más limpia y honesta y deslumbrada».

Vicente Verdú